

REVISTA DE LIBROS

El club de los metafísicos, Historia de las ideas en América, de LOUIS MENAND. BARCELONA, EDICIONES DESTINO, 2002, 534 pp., 22.85 € (Traducción de Antonio Bonnano.)

Esta obra de Louis Menand, profesor en la Universidad de la ciudad de Nueva York, bastante bien recibida por la crítica y finalmente galardonada con el premio Pulitzer de Historia 2002, toma su título de un grupo de conversación formado en 1872 en Cambridge, Massachusetts, que se mantuvo activo tan sólo durante nueve meses y del que sólo tenemos noticia por unos escritos de Charles Peirce treinta años después de su fundación. En torno a la figura de Chauncey Wright, un hombre con dotes inspiradoras, —aunque hundido por el alcoholismo y las constantes depresiones de las que sólo salía por el estímulo que le producían las conversaciones filosóficas privadas—, se agruparon un grupo de jóvenes: Oliver Wendell Holmes Jr., William James, Charles Peirce, Nicholas St. John Green, John Fiske y Francis Ellingwood Abbot. La vida y pensamientos de Holmes Jr. (juez y filósofo), James (filósofo y psicólogo experimental) y Peirce (filósofo, lógico y semiota) junto con Dewey (filósofo) —este último unos veinte años menor que aquellos—, servirán de hilo conductor en esta historia en la que Menand hace un repaso de la génesis de las ideas más importantes e influyentes en América. Esto no quiere decir que en el libro se expliquen con profundidad y de un modo exhaustivo los fundamentos de estas teorías —ni creo que sea su intención— por lo que estaría fuera de lugar, como de hecho algunos parecen haber hecho, acudir a este volumen exigiendo tal nivel de análisis. En cambio, Menand presenta un panorama del origen de las ideas que defienden estos cuatro autores, señalando las circunstancias vitales y personales que las propiciaron, e incluso justificándolas con textos y reflexiones no carentes en algunas ocasiones de cierta profundidad.

Por supuesto, la teoría que recorre la obra y que —no sin ciertas diferencias— los cuatro autores comparten, es el pragmatismo. Esta teoría que supondrá quizás la única corriente americana de verdadero peso internacional, viene precedida y tremendamente marcada por un suceso histórico: la Guerra Civil Americana. Al igual que en el siglo XX la experiencia de la Segunda Guerra Mundial llamará a la reflexión a multitud de pensadores y dará lugar al *existencialismo*, en la América de la segunda mitad del XIX surgirá el *pragmatismo* como respuesta a la cruenta contienda. Menand describe la guerra a través de los ojos horrorizados del joven y valeroso Holmes, pero señala algo en lo que todos ellos estaban de acuerdo: las ideas no habían sido capaces de frenar la guerra, y en algunos casos incluso la habían avivado; había sido la *certeza*, el hecho de que los hombres creyesen con seguridad que sabían, lo que había empujado a tanta muerte y destrucción. En este sentido el propio Holmes afirmaba que cada persona puede tener sus propias ideas y defender el mundo que le *gustaría* que fuese, pero ése no tenía porqué ser el mundo que *debía ser*.

Es de común acuerdo el considerar que el origen del pragmatismo se manifiesta en unas charlas que James preparó en 1898 bajo el título “Philosophical Conceptions and Practical Results” con la intención de sacar a su amigo Charles Peirce del pozo económico, psicológico y social en el que se hallaba. El nombre lo tomó del propio Peirce, que unos años atrás lo había tomado a su vez de un pasaje de la *Critica de la Razón Pura* de Kant para denominar la teoría de St. John Green sobre las creencias. Según ésta, todas las acciones necesitan de creencias (teoría y acción no son cosas separadas) que se hacen verdaderas si dan lugar a acciones que alcanzan el éxito. Para Peirce —que no estaba contento con la deformación que sufrió su teoría y la denominó, para distinguirla de las de sus compañeros, con el neologismo “pragmaticismo” (un nombre demasiado feo, según él, para que se lo robasen)— las creencias son *apuestas* para el futuro que se validan por sus resultados. Incluso las teorías científicas no serían certezas, sino hipótesis altamente probables que aceptamos por sus resultados. Tal posición no era sino una consecuencia de la *ley de los errores* y del cálculo de probabilidades de Laplace que Peirce conocía a través de su padre, Benjamin Peirce, profesor de matemáticas en Harvard. En esta línea, Maxwell demostró con un ejemplo (el *demonio de Maxwell*) que la ley de la termodinámica que nos dice que no podemos obtener energía sin invertir trabajo en ello no es necesariamente cierta, no es una certeza. Lo que sucede es que la probabilidad de que ocurra lo contrario es tan sumamente pequeña que podemos tomarla como si fuese cierta, ya que nos es útil. Ésta es una conclusión parecida a la que llega Hume cuando dice que aunque no existe la causalidad sino el mero hábito, nos es útil suponer que aquélla existe.

También James, que se inició en diversas disciplinas científicas como la química, fisiología, anatomía, obtuvo un título de medicina por Harvard y ejerció la psicología experimental, creía que los teoremas científicos no constituyen certezas, sino hipótesis que dependen de nuestros intereses y creencias previas. Cuantas más hipótesis, cuantas más idiosincrasias, se tenga en cuenta, mucho mejor; con ello se facilita la labor de encontrar alguna que nos sea útil. De hecho aunque James viajó a Brasil con Louis Agassiz —que había adquirido un gran prestigio en aquel momento y buscaba pruebas de la glaciación en el hemisferio sur para corregir la teoría de la evolución— no creía que aquél estuviera en lo cierto; sin duda, le impresionaba su figura, pero creía que sus ideas eran una charada (como puede comprobarse por su correspondencia con la familia durante el viaje) y estaba más de acuerdo con Darwin, pese a que ni siquiera pensaba que las ideas darwinianas fuesen la única verdad como defendían Spencer o Huxley. En cualquier caso, toda la teoría pragmatista está fuertemente influida por el evolucionismo, y así afirma que las creencias se hacen verdaderas si producen resultados satisfactorios y por tanto nos hacen adaptarnos mejor al medio (Peirce, James) o, en una formulación semejante, que las ideas son *instrumentos* que nos son útiles en la medida en que nos sirven para vivir y adaptarnos mejor (Dewey).

El pragmatismo de James, que había sido influido por el neokantiano Charles Renouvier, afirmaba que no había certezas, sino gente que está segura; las creencias se hacen verdaderas por los resultados, y la lógica y la filosofía nada tienen que ver con aquello que la gente elige. Esta opinión también fue expresada por Holmes, que desde muy temprano afirmaba que el juez primero decide, y sólo después lo justifica con algún principio general. Cuando llegó al Tribunal Supremo se divertía pidiéndoles a sus compañeros que le citasen el principio que quisieran, y a continuación justificaba con él resultados dispares. La diferencia aquí entre James y el resto de los pragma-

tistas es que James le otorgaba gran importancia al individuo —influido por un neokantiano como Renouvier— frente a la importancia que el colectivo social tenía para Holmes, Peirce y Dewey.

Una de las características del pragmatismo es que niega la separación entre teoría y acción. Esto es algo que Dewey había aprendido de su íntima amiga Jane Addams, para quien la oposición entre teoría y acción era ficticia, y sólo representaba un momento de tensión ante una unidad mayor: el conocimiento (esto sin duda casaba muy bien con el hegelianismo de Dewey). A Dewey casi le obsesionaba esta idea y para él la filosofía debía ser en primer lugar experimental, comenzando por medio de la pedagogía. De este modo, creará la Escuela laboratorio conocida como “Escuela Dewey” a imagen y semejanza del laboratorio social “Hull-House” de Addams. Esta escuela era un laboratorio de filosofía y en ella los niños aprendían por medio de diversas tareas (cocina, carpintería, costura...) que el conocimiento es, al modo pragmatista, un producto de la propia actividad social. Las ideas eran para Dewey instrumentos que nos sirven para vivir mejor, para adaptarnos al mundo, y de ahí que conciba su teoría como un *instrumentalismo* y llegue a afirmar que “una idea no tiene mayor altura metafísica que un tenedor”: ambas cosas nos son útiles.

Tras las charlas de 1898 de James se abrió una polémica que duró unos veinte años, y hasta los años cincuenta el pragmatismo conservó notable pujanza, pero en la época de la guerra fría fue oscurecido porque proponía “el compromiso por encima de la confrontación” y consideraba que todos los valores (por tanto también los de USA) eran algo falible, contingente y epocal. Para los pragmatistas las ideas son instrumentos para adaptarse al medio, y que por tanto pierden eficacia al ir cambiando éste, por lo que no se hubiesen sorprendido del decaimiento de sus teorías. Sin embargo tras la guerra fría hubo un resurgimiento y un nuevo interés por esta filosofía que ahora parece que, nuevamente, entra en decadencia.

Pero Menand no resalta únicamente los aspectos positivos del pragmatismo. Como teoría que habla de las creencias para la acción que se validan por sus resultados, el pragmatismo tiene dos problemas: por un lado nuestras acciones vienen guiadas por nuestros deseos, y el pragmatismo no explica de dónde surgen éstos (Freud, Veblen y Weber intentaban explicar esto en ese mismo momento) y por otro lado, hay veces en que los deseos y creencias de las personas no les conducen a una mayor adaptación al medio como dice la teoría pragmatista: el pragmatismo podrá explicarlo todo, menos el hecho de que haya gente que muera por sus ideas. Radolph Bourne se sumaba a esta crítica cuando decía que la filosofía de la vida de su antiguo maestro Dewey comenzaba con los valores, pero que había una ambigüedad con respecto a cómo se creaban los valores y que cada vez “se hacía más fácil suponer que todo crecimiento se justificaba y casi toda actividad se hacía valiosa en tanto que lograra fines”.

Lo que sucedía es que Dewey, sorprendentemente, había simpatizado en un principio con la intervención de USA en la Primera Guerra Mundial, ya que creía que el apoyo militar se justificaría por la posibilidad de que USA jugase un papel en el proceso de democratización europea (mostrando aquí un pragmatismo cercano a un burdo utilitarismo en el que todo vale). Esto le hizo oponerse al pacifismo de su amiga Jane Addams y le valió una dura crítica de Bourne que no entendía tal apoyo puesto que la guerra siempre socava los valores con los que comenzaba toda filosofía de la vida según el propio Dewey. Más tarde, tras el Tratado de Versalles, que no respondía a la idea de democracia de Dewey, él mismo se convirtió en pacifista.

Otro de los aspectos que señala esta obra son las disputas que se produjeron tras la Guerra acerca de las distintas razas, ya que aunque muchos habían luchado contra la esclavitud, esto no quería decir que no considerasen a los negros inferiores (y no sólo a los negros, sino a los indios, a los esquimales, a los chinos, a los europeos del sur...). La disputa entre el poligenismo y el monogenismo avivada por Louis Agassiz y su viaje a Brasil en busca de pruebas que refutaran el monogenismo darwiniano, y las controversias sobre las culturas y la inmigración en América continuaban. Algunos creían que las culturas habían de ser respetadas escrupulosamente en su originalidad y particularidad, pero esto no era del todo satisfactorio, ya que identificar a la gente con su *cultura* podía ser otro modo de segregación y discriminación que substituyese a la *raza*. Otros, como Woodrow Wilson, creían que no debían permitirse diversas culturas ya que Norteamérica no consistía en grupos, y quien se considerase como perteneciente a un grupo no era todavía un verdadero norteamericano. Otro problema consistía en que las culturas no son compartimentos-estanco, sino un “producto en constante producción” y son sensibles a los contactos y combinaciones con otras formas de vida. Todos estas controversias, junto con problemas burocráticos de brillantes alumnos negros que no conseguían entrar en la Universidad, y otro tipo de situaciones que Menand relata, dieron origen finalmente a la idea de *pluralismo cultural*.

Con respecto a las libertades, tanto de expresión como académica, Menand señala dos sucesos principalmente: la fundación en 1915 de la AAUP (American Association of University Professors) cuyo primer presidente fue Dewey y la famosa huelga de 1894 en el caso Pullman. Con la AAUP Dewey sólo trataba de aumentar el prestigio de la educación secundaria en Norteamérica, pero pudo comprobar muy a su pesar que lo que consiguió fue un sindicato; este sindicato de profesores defendió la libertad académica de los mismos frente a la excesiva potestad que tenían las autoridades académicas. Por otro lado, la huelga en el caso Pullman estuvo dirigida por Eugene Victor Debs que un año antes, en 1893, había fundado la ARU (American Railway Union), el primer sindicato que agrupaba a todo un sector, pues antes sólo existía la AFL (American Federation of Labour) que no era más que una asociación de gremios, y no incluía a los trabajadores no cualificados. La ARU sí, y por tanto podía parar el sistema, como de hecho ocurrió. Aunque la ARU no salió precisamente victoriosa, sí fue un gran logro para las libertades de los trabajadores.

Con respecto a la libertad de expresión, Holmes creía que puesto que no hay certezas, la democracia es un experimento; pero aunque sea un experimento, seguimos necesitando las ideas, y por tanto debemos admitir pluralidad de opiniones. Si fallan no ocurre nada, pues todo experimento puede fallar, pero sin duda una mayor diversidad de ideas nos proporcionará mayores posibilidades de adaptación (continuando en la línea evolucionista) y por lo tanto más opciones de acierto.

Para finalizar, podemos señalar que la obra presenta un entramado en el que los cuatro personajes representan los nudos principales de una compleja red, que están unidos a nombres como los de Emerson, Wendell Phillips, John Brown, Darwin, Laplace, Quetelet, Maxwell, Spencer, Wundt, Hegel, Jane Addams, Renouvier, Alain Locke... de un modo directísimo, pero aparecen además otros muchos autores que completan el tejido: obviamente no pueden aparecer todos, pero es gran mérito de Menand el explicitar buena parte de esta compleja maraña.

La lectura es en general fluida, aunque a veces se hace un poco densa en un intento de no hacer simplificaciones burdas; en todo caso es bastante accesible y recomenda-

ble no sólo a especialistas, sino a todo aquel que esté interesado en introducirse en los fundamentos sobre los que se asienta buena parte de la cultura americana, (que nos guste o no, hoy por hoy sigue siendo la primera potencia mundial, con todas las influencias en el resto del mundo que ello acarrea, y más hoy con Internet y el proceso de globalización) de la que nos ofrece una interesante panorámica. Esto no obsta para que al estudio más avanzado pueda ofrecerle también una visión de conjunto que le permita profundizar en su comprensión del pensamiento pragmatista dadas las múltiples relaciones y anécdotas que Menand recoge, y que sin duda son una de las claves para comprender la evolución del pensamiento de estos autores.

Victor Manuel Santamaria Navarro
Departamento de Filosofía, Universidad de Oviedo
E-33071 Oviedo, España
E-mail: vmsantamaria@yahoo.es